

Cuando despertó, el odio todavía estaba allí: presencia latente y silenciada en la L.I.

Juan Camilo Tobón Cossio

Mg. en Didácticas para Lecturas, Escrituras y Literatura, promotor de lectura, jctobonc@academia.usbbog.edu.co

GRAMATICI CERTANT
 El nosotros
 lo saben los gramáticos
 es un curioso pronombre
 Quiere decir tú y yo
 sin él
 y también él y yo
 sin ti
 y también él y yo contra el resto
 En todo caso excluye siempre a alguien
 De esta parte nosotros
 de la otra los otros que nosotros
José Manuel Arango¹

Una visión maniquea se ha posado sobre la Literatura Infantil —en adelante: L.I.— a lo largo de casi toda la historia de este género. No es para menos, en los relatos que se legan a las nuevas generaciones están contenidas las cosmovisiones que se les quieren transmitir y aquellas que se les quieren evitar o encubrir, con lo que estas generaciones padecen algunas formas de censura suscitadas o por el miedo, el odio, la lógica exclusión, con lo que los lectores —y oyentes— de estos relatos quedan inmersos en un cerco de protección, como lo señaló Graciela Montes en su texto *El corral de la infancia*².

El miedo y el odio con que se signaron dichos relatos fueron multiplicándose justificados por el concepto de “protección”, no de la pureza de la infancia, sino de la fuerza de producción de la sociedad. Así, en el binomio: miedo/protección se estimulaba el odio a las formas que se signaron con los sentidos de lo *no-luminoso* o lo *no-decoroso*, estimulando el desdén hacia ellas: la noche, la ancianidad, lo lupino, lo feo y la autonomía eran máscaras —metáforas— de aquello que late en

nuestro ser y que bajo toda circunstancia debemos encubrir, ignorar y reprimir, la mejor forma para ello: odiar. Odiar a la anciana con conocimiento, la bruja; odiar la lascivia desmedida, el lobo; odiar la fealdad carente de refinamiento, el ogro; odiar la autonomía del sujeto, el antihéroe; todo esto enmarcado en una mítica y consabida enemistad entre Apolo y Dionisio.

El odio —lo vemos en la historia ética y política de nuestra humanidad en el siglo XX con los nacionalismos y en el XXI con las fobias: aporofobia, xenofobia, entre otras— es un poder de cohesión y formación de las masas: odio por el “otro” que no es como yo o nosotros, y por lo que late con incontenible fiereza en “nosotros” y que debemos aplacar a cualquier costo, aquello que Nietzsche denominó: “mala conciencia”³ y Freud introdujo en la conciencia humana bajo el nombre de: “superyó”⁴.

En el presente artículo me propondré dar una visión de los *mecanismos del odio* en la recepción de algunos textos de la L.I. —con todo el odio y

desdén que este concepto genera entre sus especialistas, por arrinconar su ser literario, y en los puristas, quienes todavía lo consideran como un *género menor*—. Esta visión de odio en la L.I., lamentablemente no siempre documentada, reproduce algunos gestos y posturas de incomodidad de sus lectores-oyentes. Para lo anterior, propondré dos triadas que dan una visión de lo que me propongo. En la primera, abordaremos una oscilación que va del amor al odio, de los seres apetecibles a los deleznable; en la segunda, compartiré algunos atisbos de las *maquinarias del odio* en tres textos confrontadores, inquietantes y acallados en algunos escenarios de difusión de la L.I.

Las Hadas y los mecanismos del orden-odio

Dentro de nuestra tradición fantástica y literaria, las figuras sobrenaturales que recompensan el bien aparecen por casi todos los rincones de los relatos. Estas figuras, a las que invité a darles una fuerte estocada en un artículo publicado en esta misma revista en 2021⁵, han sido la fórmula didáctica con la que la cultura ha reproducido sus ideales de bondad, justicia y belleza; esto es, su estructura moral y aparato ideológico.

Dentro de esta tradición, el hada madrina es ese ser que ha sido concebida sin el impulso de la carne, sin el poder sicalíptico que late en el alma humana; luminosidad pura que engaña a los *desterrados hijos de Eva* con la promesa de una dicha, de unas condiciones, de un idilio al que solo llegan quienes gozan de su gracia, de su pureza casta, de su obediencia incuestionable y la vida aburrida de quien no indaga, curioseosa o explora.

El ser del hada transgrede la noche, ella es una chispa que quebranta la penumbra, pues la odia. Odia la carencia de luz, la vacilación de la voluntad, la fuerza de la pulsión, la intensidad del deseo, la *hybris* de la condición humana que se debate entre la razón y la demencia⁶ o en la imposibilidad de la realización de su amor como Campanita en *Peter Pan*⁷. Toda ella es nacida para el *demiurgo*, quien ha decretado sobre todas las cosas su *logos* —el principio ordenador— y rendirle un culto que someta a todas las criaturas y fenómenos del mundo natural a la gran causa del *logos*: el hada debe instaurar un reinado de simetría y

armonía para que la realidad, en especial la de quien es tomado por ahijado del hada, resplandezca la virtud, el decoro y la “sobrenaturaleza” de los esplendores que aniquilan toda sombra y dualidad; de este modo, el hada salvaguarda el poder del *logos* y la cohesión de los miembros de los grupos humanos bajo el sistema normativo que recompensa cual estudiante de un Skinner fantástico.

Junto al hada, el elfo, el ángel y el querubín cumplen la misma función: recompensar al alma *justa* y acongojada por los infortunios de la noria del tiempo y ser chambelanes del *buen juicio*. Similar a estos seres, pero con un matiz menos *luminoso*, la mitología griega, romana y nórdica crearon seres que luego fueron desdeñados por su matiz oscuro, trágico y realista: las Moiras, las Parcas o las Nornas. Esas mujeres tejedoras, que reconocían los hilos del tiempo y que fueron sometidas a la campaña del odio por su proximidad con la muerte, el realismo o el pesimismo: la noche.

El oráculo de las Moiras difiere del de las hadas, por dejar la llave del laberinto del tiempo y las palabras en poder del sujeto. Las hadas cumplen con su misión y someten a sus ahijados al poder que ellas ostentan, sin cuestionamientos, sin réplicas, satisfaciendo el deseo por doquier y garantizando que su poder mágico es felicidad plena, aniquilación del esfuerzo, *transacción exitosa*; en cambio, cuando las Moiras hablan, lo hacen, no para satisfacer el deseo de quien las ausculta, sino para dejar ante él ese tejido —texto— que debe sortear el creyente de sus palabras, quien ante la forma de su decir es acorralado por la incredulidad; sin duda un modelo poco adecuado desde las dinámicas del *buen juicio* para quienes inician su recorrido en el enigma de la vida: los niños y niñas. Los cachorros humanos se enfrentan a la dureza de la existencia y el rigor de decidir mientras el tiempo les devora en cada tic, tac de las máquinas asesinas: los relojes. Es necesario, pues, aprestar la hoguera, afilar cuchillos e impulsar la *maquinaria del odio*.

Mi amigo el pintor y el odio a la autonomía

La *maquinaria del odio* está dispuesta y con suficientes mecanismos para mantener la producción de conciencias optimistas, edulcoradas,

¹ José Manuel Arango, *Poesía completa* (Medellín: Universidad de Antioquia, 2007), 166.

² Graciela Montes, *El corral de la infancia* (México: Fondo de Cultura Económica, 2001).

³ Friedrich Nietzsche, *La genealogía de la moral* (España: Alianza, 2008).

⁴ Sigmund Freud, *Introducción al psicoanálisis* (España: Alianza, 2000).

⁵ Juan Camilo Tobón Cossio, “Y si las hadas solo mueren: Un desafío en la literatura infantil y sus lectores”, *Revista Universidad de Antioquia* 344 (2021): 68-73.

⁶ Edgar Morin, *Amor, poesía, sabiduría* (Bogotá: Magisterio, 1998), 13.

⁷ James Matthew Barrie, *Peter Pan* (Barcelona: Alma, 2020).

con la percepción de ser moralmente mejoradas y conformes. ¿Para qué *superhombres* —en el sentido que nos plantearon filósofos de la sospecha—, si existe el idilio del reino de las hadas?

Pero este idilio no es para todos los mortales. Como en las *tres transformaciones del espíritu* propuestas por Nietzsche⁸, el hombre cargado de tanto deber se revela como león, ruge y busca determinarse y liberarse del peso del deber para llegar a ser niño y afirmarse a sí mismo como destino, como puente y como fin. Una de estas figuras de libertad está propuesta para la sociedad en la figura del suicida. La *maquinaria del odio* se afila con este personaje que, en un ejercicio de su albedrío, decide establecer por sí mismo su final. Esto genera escozor, odio, resentimiento en la mayoría de los mortales que solo aguardan la resolución de su sino como irremediable consecuencia del paso de los días. Esta *maquinaria de odio* llegó a tales dimensiones que a estos seres determinados no se les permitía yacer en un descanso sereno en la madre Tierra: se les enterraba verticalmente, no como quien reposa, sino como quien sigue su purga; y tampoco en el *camposanto*, heredad de los que cumplieron con los feéricos imperativos del orden incuestionable.

En la L.I. encontramos relatos que ponen la mirada del lector en este personaje que escapa a la normativa luminosa de las hadas. Uno de los casos que más me ha llamado la atención es el libro: *Mi amigo el pintor*, de la galardonada con el Hans Christian Andersen, Lygia Bojunga⁹. Esta novela nos cuenta la historia de un niño cuyo vecino es un pintor al que de un momento a otro no vuelve a ver. La razón, ya la intuyen ustedes —no me odien por el *spoiler*—. Este texto desató todo tipo de controversias y censuras en su momento, pues a la infancia, sometida a un corral de pureza, no se le pueden insinuar ni mostrar acontecimientos tan fatídicos como este. Pero ¿no es así la vida?

Nada genera más ira, odio y resentimiento que ver a alguien que goza de aquello que anhelamos, en este caso, de libertad; la libertad del suicida que ha quedado bellamente plasmada en esta obra de Bojunga y en los versos del poema *El suicida* de Raúl Gómez Jattin¹⁰ y de otros poetas como Dickinson, Pizarnik o Borges.

El suicidio es el juego de la elección que busca liberarse de todo determinismo, de toda expectativa feérica y toda obligación decretada por la Ley natural; aunque esto conlleve odio, expulsión y proscripción. Es estar de cara al destino para enfrentar de nuevo la odiosa decisión de Adán frente al árbol de la ciencia.

El lobo, la bruja y el forastero

Los *mecanismos del odio*, como hemos visto, necesitan recaer en seres o entidades concretas, seres que despierten el temor, que contesten a las formas de la armonía y reaccionen como antítesis al hada. Dentro de las figuras clásicas de la L.I. nos encontramos con tres —aunque puedan ser más—: el lobo, la bruja y el forastero.

El lobo como esa fuerza pulsional que enceguece el juicio, que opaca la luz; la bruja, esa fuerza femenina y sabia que mora en los extramuros de las élites jóvenes y dotadas de belleza; el forastero, el extranjero, el hombre o la mujer ajenos al grupo desde el que se enuncia el relato y que perturba la calma con sus costumbres extrañas y contradictorias.

Sobre estas tres figuras se ha decretado el juicio sin posibilidad de réplica. Solo hasta hace muy poco en la L.I. a estas figuras se les ha ido restituyendo un lugar menos hostil gracias a una figura literaria bastante necesaria para la ensoñación, la ética y la construcción social: la tergiversación. Amén de esta figura narrativa y a la caída de algunos ideales considerados como máximas de la cultura, hemos ido encontrando como la figura del *lobo* ha ido ocupando otro rol en los relatos para niños y niñas; sin embargo, su figura también ha ido prostituyéndose, pues hay relatos que sumergen el poder de su fuerza sin medida a las dinámicas del comercio, a la docilidad de la mascota y a la candidez del pensamiento en diminutivo. El odio contra el lobo no ha cesado y se le ha impuesto el uniforme de una dulzura que poco tiene de la fuerza lupina.

La mujer, la bruja, la vieja, la Lilith proscrita por los hijos de Adán que merodea el mundo de lo humano entre las sombras buscando ser reconocida como lo que es: mujer decidida y con voz propia, ávida de conocimiento y poseedora de él, armonía de las bestias y atenta al orden natural que se halla oculto al dominio de la razón. Sobre

ella se afilaron las saetas de las sanas costumbres, el esplendor de los códigos de conducta y la efímera beldad de las doncellas. La bruja amenaza el poder viril del tótem, deslinda la marca establecida por el tabú, hipnotiza, concientiza, cuestiona, pone a los sujetos de cara a la muerte y desata al *superhombre*, lo que son suficientes motivos para desatar las *maquinarias de odio* contra esta heroína de la noche, el conocimiento y el olvido.

¿Qué decir del forastero que no veamos hoy día? Xenofobia, desdén, vilipendios y abucheos por una razón: es diferente. El forastero no tiene un asidero fijo, es portador de enfermedades, de palabras que no son propias y mañas extrañas. Hacia él o ella se dirige la desconfianza y la *maquinaria de odio*, por el hecho de deambular de un sitio a otro en la geografía y la existencia con matices de indiferencia.

El odio —a veces injustificado y movido por el miedo— se apoderó de los narradores, caló en los imaginarios y se reprodujo una y otra vez en los relatos de la L.I. El odio se sembró en los oyentes de estas historias y su alma persiguió a los seres que estos *mecanismos del odio* proscribieron y amedrentaron en relatos legados a generaciones tras otras: el lobo, la bruja y el forastero fueron expuestos en el cepo, aunque permaneciesen latiendo en nuestras venas, en nuestras inquietudes e incoherencias.

Tres odiados

Hemos introyectado los *mecanismos del odio* bajo ropajes muy distintos: miedo, escándalo, censura, desdén, xenofobia, aporofobia, (in)moralidad... los términos pueden prolongarse en una lista inmensa que no ha dejado fuera de sí a la L.I. Ahora, propondré una tríada de obras cuya recepción por parte de los lectores-oyentes de ellas, manifiestan algunas reacciones que encubren los señalados *mecanismos del odio*, no tanto porque subyazcan en el proceso de escritura de los libros —o tal vez—, como sí en la incomodidad e incompreensión que suscita su lectura/escucha, por lo que cambiaré un poco el tono de escritura y evocaré algunas observaciones que en algún momento suscitaron los textos que voy a proponer.

Juul: Gregie de Maeyer y Koen Vanmechelen¹¹

*“La historia de Juul tiene su origen en una breve noticia, publicada en un diario belga: Un chico de 13 años se suicida después de haber sufrido vejaciones a manos de otros niños.”*¹²

Con esta noticia el escritor Gregie de Maeyer y el ilustrador Koen Vanmechelen proponen un libro desafiante para los lectores. Un libro que goza de la estima y, a su vez, del repudio.

Juul es un libro que despierta amores y rencores. En él los *mecanismos del odio* se hacen manifiestos tanto en el texto, como en su experiencia de lectura/escucha. Suele ser utilizado didácticamente como un libro para referirse al *bullying*; pero este es un libro donde el odio no se silencia: odio hacia el aspecto físico de su personaje —aspecto hacia el foráneo que no es como yo— quien se cercena parte a parte esa parte que es odiada en su cuerpo. Odio al cuerpo, a los comentarios que él suscita y que busca la aniquilación de aquel o aquello que se odia.

En lo que respecta a su recepción, los *mecanismos del odio* se reconocen ante la incomodidad total que despierta el libro álbum: la imagen —esculturas con trozos de madera con gran poder de figuración— y el texto despiertan una vergüenza que procura ocultarse, una lástima por alguien que se reconoce como: *pobrecito* o *tonto*, pero no siempre como un igual, ni como víctima ni como victimario.

Algunos listados de bibliotecas lo recomiendan, otros lo ocultan; así, *Juul* va llegando cada vez más a lectores entre quienes despertará la misma dinámica de amor o de odio.

Se odia la fragilidad del personaje, se odia el abuso de las voces que señalan un cuerpo no ajustado a un canon solapado, se odia al monstruo en que se convierte quien, siguiendo el dictamen de otros que son movidos por el odio, se aniquila.

La isla: Armin Greder¹³

Un libro para todas las edades. En él los *mecanismos del odio* hacia el forastero puede ser una perspectiva de abordaje a este texto; no obstante, las significaciones se amplían en un ejercicio

¹¹ Gregie de Maeyer, *Juul*. Ilustraciones de Koen Vanmechelen (España: Lóguez, 2021).

¹² “Juul”, Lóguez Ediciones (colecciones), recuperado el 12 de septiembre de 2022, https://www.loguezediciones.es/libro/ver_libro_coleccion?id=124

¹³ Armin Greder, *La Isla* (Salamanca: Lóguez Ediciones, 2003).

⁸ Friedrich Nietzsche. *Así habló Zaratustra* (Barcelona: Gredos, 2019).

⁹ Lygia Bojunga Nunes, *Mi amigo el pintor* (Bogotá: Norma, 1989).

¹⁰ Raúl Gómez Jattin, *Amanecer en el Valle del Sinú* (Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 2004), 49.

de introspección, pues no solo es lo forastero, como sí lo diferente lo que incomoda, lo que me confronta, lo que trastoca el *statu quo* de la comunidad y del lector.

He visto, en distintos espacios, cómo este libro es abandonado con prontitud por sus lectores; pero también he conocido a quienes —desde una mirada menos infantil— lo defienden con todo ímpetu. Sus ilustraciones sombrías y un relato enigmático, que implica descifrarse a modo de conjuro, retan al lector a un ejercicio de interpretación que el libro ofrece, pero no da.

La llegada de algo —de alguien— nuevo a la isla genera conmoción, lo acabamos de vivir con la pasada pandemia, con los virajes de paradigmas gubernamentales y sociales que se abren a nuevas formas de definición de lo humano y esto desata los *mecanismos del odio*, pues aquello a lo que nos aferramos como seguridad es amenazado, así esa aparente seguridad sea una imposición que nos obliga a altas cuotas de sacrificio y limitación de la libertad. Se odia eso “nuevo” con toda su indefensión, pero también con toda su capacidad de contrastación. Odio que, a modo similar de *Juul*, nos encierra, nos atomiza, nos destruye y nos torna en islas incomunicadas con los otros y nosotros.

Titiritesa: Xerardo Quintiá Pérez y Maurizio A. C. Quarello¹⁴

Este libro es transgresor en su totalidad, como lo son la mayoría de los textos de la editorial OQO, lo que le ha hecho merecedor del odio de muchos.

Una princesa cansada de su vida perfecta e inmóvil, de su “fueron felices para siempre”, decide abandonar el palacio y darse a la aventura. Ella, de forma autónoma, se abre a lo azaroso del destino. En su recorrido se encuentra con un burro viejo y los lamentos de otro rey cuya hija ha sido raptada por un ogro, lo que es la oportunidad perfecta para Titiritesa de abrirse a esas anheladas aventuras. Hasta aquí todo medianamente bien porque esas gestas no son para una señorita; sin embargo, todo se torna más escandaloso cuando Titiritesa rescata a la doncella raptada y, el amor —que es caprichoso—, se posa en el corazón de las dos; sin hadas ostentosas, sin elfos azucarados, solo con la complicidad del tiempo que deja suceder muchas cosas sin que tengamos una explicación.

¹⁴ Xerardo Quintiá Pérez, *Titiritesa*. Ilustraciones de Maurizio A. C. Quarello (España: OQO, 2007).

¹⁵ Augusto Monterroso, *Cuentos, fábulas y lo demás es silencio* (Barcelona: RBA, 2019).

Este libro álbum ha sufrido el rechazo de muchos lectores, quienes lo consideran no apropiado para las salas infantiles de las bibliotecas públicas, escolares o personales: “su trama es un atentado contra la moral y la integridad misma de los niños”, decía la queja de una persona que solicitaba el retiro de inmediato de dicho libro de la colección de la biblioteca. Así, una vez más, los *mecanismos del odio* se hacen evidentes: las antorchas, cuchillos y hoces apuntaron contra esta obra que se dispuso a señalar que en el mundo también hay mujeres que pueden enamorarse de otras y eso no tiene nada de bueno o de malo, solo que la vida es así.

A modo de cierre

En los relatos que confiamos a las niñas y niños —es decir, en la L.I.— se ha aplicado una visión optimista y maniquea del mundo en contraposición al realismo o la ficción. Semejante estado de candidez también ha llevado a la negación del mundo, de la condición humana y de la vida mediante lo que se denominó en este texto como *mecanismos del odio*. Estos mecanismos pueden ir desde la ira contenida en los dientes al desviar la vista de asuntos o personajes que causan sonrojo; pero en todas las combinaciones de estos mecanismos, siempre hay algo común: el miedo sostenido por un odio inconsciente.

En esos *mecanismos del odio* todo se polariza, todo se mira en blanco o negro, bueno o malo, pero ¿son así todas las decisiones, anhelos y acciones del ser humano?

A veces, al repasar los anaqueles de las bibliotecas infantiles nos encontramos este optimismo, estas censuras y fobias, con las que el lector entra a un mundo feérico alejado de su sino y el libro se torna en dispositivo de reproducción de esta visión y de su poder somnífero.

Por lo anterior, es necesario volver al asombro que recibe con gratitud las marcas de la existencia, a la afirmación de la elasticidad de la vida, como señaló Fernando González, jugar con las palabras —contenedoras de nuestras visiones del mundo— como lo hizo Augusto Monterroso¹⁵ y como lo hicimos en estas páginas al afirmar: *Cuando despertó, el odio todavía estaba allí.* 📖



Rosenberg Sandoval @rosenbergandovalg, Corona De Miedo (1987 - 2007) (Acciones políticas) Registro José Kattán